

CAMBIO
DISPERSO

L U I S
Á N G E L
L O B A T O

NOTA DEL AUTOR

Los poemas de este libro fueron escritos a lo largo de más de tres décadas (1983-2015) en las ciudades de Medina de Rioseco, Valladolid y Madrid bajo motivaciones diversas. Son, pues, textos que responden a distintas maneras de escribir y que fui resolviendo al margen, casi siempre, de los poemarios que durante todos esos años compuse.

Sirvan al lector como muestras de un dilatado deambular por las imprevisibles galerías del amor, de la pérdida, de la soledad y de los sueños: los commovidos territorios de la poesía.

Luis Ángel Lobato

Mírame:
es el último invierno
y ya la nieve
no baja
despacio entre nosotros.

A Lourdes Fernández Nanclares

Ayer, ayer.
Te esperaba. El tiempo
cae sobre lo oscuro
y párpados entre las hojas.
Llueve luz en blanco
contra la intermitencia
y me escondo para soñar.
Ayer, ayer. Gotas bajo el frío,
la noche se prende y es ahora
cuando descubro
el paso de los años
y lo que fue el amor.

Giro mi vida
cuando te beso. Abro
yunques en el aire,
velocidad. Destino
mientras llueve
de cerca
y la fiebre
se hace gris
entre las horas. Es tarde.
Recuerdo aquellos años
y el color
del horizonte:
el azul oscuro
de lo lejos
y los días esperando
que la nieve
brotase de pronto.

REGRESO

A Celima Gallego

A veces
mi regreso
era una habitación
abierta al abandono,
triste
como el amor
o la música
plegada en los cines
de media tarde:
ojos dorados,
la última
caricia en la pantalla,
el añil
de la noche.

LA CARRETERA

A Lourdes Fernández Nanclares

Era única
la dirección de las montañas,
también
la del remoto mar.
Muchas noches
de verano,
bajo la silenciosa vibración
de los faroles,
nos sentábamos
en el borde de la ardiente
carretera
para seguir,
con el filtro irreal
de la mirada,
los camiones plateados
en ruta
hacia tierras de León.
Les intuíamos rugir
en la distancia,
junto a las parvas
quemadas
del río,
y contábamos los segundos
que pasaban
hasta que sus poderosos
alientos
de pegasos
en vestían la prolongada curva
donde comenzaba la calle.
Como una obsesión
llena de secretos,

a aquellas masas
fugitivas
prendían en nuestros
ojos
leyendas de fiebre
y de soledad.
Imaginábamos lugares
donde la hierba crecía
sobre los puentes,
y las laderas de los montes
brillaban
grises
al caer la tarde
por el polvo acumulado,
a lo largo de los años,
del carbón.
También regiones,
cerca del mar,
donde el viento estancaba
nieblas azules
sobre las praderas
y el vaho de los animales
flotaba
mansamente
en el callado interior
de los cobertizos.
Siempre
me he preguntado
el porqué de todo aquello,
del impresionante
fluir
de rojizas luces
junto al fulgor oscuro

BLOW OUT

de las ruedas,
ya que al final
solo permanecía
en la calle
un lejano
susurro
y el olor
abrasivo
del aceite.

(Recordando la película *Salvar al soldado Ryan*,
de Steven Spielberg)
A Pedro Rodríguez, in memoriam

Silencio el objeto: la materia disuasoria
de las sillas. Rastreo la oquedad de lo que hubo
alguna vez en sus estuches desgastados: la luz
rugosa de la tarde o la falsedad
de una huella al pie de las colinas. Amaso
una duda que tira de mis ojos
hacia el curso de la niebla. Y esa niebla
es tiempo y parálisis, trayecto
y estancia, desván de soldadura
y prado junto al cauce del arroyo.
Entre mis manos y el objeto
reconozco el declinar de la hierba, el socavón
del desorden, el timpano azul
y la jeringa de gas bajo las deflagraciones.
Quisiera pensar que todo esto
es alusión, referencia migratoria, limaduras
de yeso moteando las pestañas.
La imagen crece en el resplandor del miedo
y un punto de oscuridad rojiza
golpea el escenario del polvo.

CORSARIO

A Fernando Urdiales, in memoriam.
Amigo, maestro

Manifestaron algunas palabras,
frases impresas en despachos
sin hendidura.

Pero nada dijeron
de dolor
ni de saliva
en el lodo.

Nada
de abierta
piel sentimental,
de labios vertebrales.

Entre dos sombras
lograste confundir
la razón
de los que dictan himnos
y nos otorgaste
refugio:

cabañas psicológicas
junto a un bosque
de cipreses.

Es invierno
en la planicie
y las llagas cubren
pómulos y uñas.
Los alambres y neones
se despliegan
silenciosos
por el mundo.

En este tenebroso anochecer
la estrella Polar
se ha calcinado.